

cente. Parecióme más bonita que nunca, y creyendo volver á lazar su amistad y valerme de ella para aliviar mis males, me acerqué á su puerta, y con una voz muy expresiva le dije: —Luisa, querida Luisa, ¿me conoces? —Ella se acordó sin duda de mi voz, pero para certificarse me dijo: —No, señor, ¿quién es usted?—A lo que contesté: —Yo soy Pedro Sarmiento, aquel Pedro que te ha querido tanto, y que cuando tuvo proporciones te sostuvo en un grado de decencia y señorío al que tú jamás hubieras llegado por tu propia virtud.

—¡Ah! Sí, decía la socarrona Luisa; usted es, señor Periquillo Sarmiento, el que fué mozo del difunto Chanfaina y el que me echó á bofetadas de su casa. Ya me acuerdo, y cierto que tengo hartito que agradecerle.—Bien está, Luisa, le respondí; pero tu infidelidad con Roque dió margen á aquel atropellamiento.

—Ya eso pasó, decía Luisa, y ahora ¿qué quiere usted?—¿Qué he de querer? Volver á disfrutar tus caricias.—¿Pues no ve usted, contestó, que eso es tontera? Vaya, no me haga burla, ni se meta con las infieles. Váyase con Dios, no venga mi marido y lo halle platicando conmigo.

—Pues, hija, ¿qué, te has casado?—Sí, señor, me he casado y con un muchacho muy hombre de bien, que me quiere mucho y yo á él. ¿Pues qué, pensaba usted que me había de faltar? No, señor; si usted me escu-

pió, otro me recogió. En fin, yo no quiero pláticas con usted.

Diciendo esto se entró, y me hubiera dado con la puerta en la cara, si yo, tan atrevido como incrédulo de su nuevo estado, no me hubiera metido detrás de ella.

Así lo hice, y la pobre Luisa, toda asustada, quiso salirse á la calle; pero no pudo, porque yo la afiancé de los brazos, y forcejeando los dos, ella por salirse y yo por detenerla, fué á dar sobre la cama.

Comenzó á alzar la voz para defenderse, y casi á gritos me decía: —Váyase usted, señor Perico, ó señor diablo, que soy casada y no trato de ofender á mi marido.

La puerta de la accesoria se quedó entreabierta; yo estaba ciego, y ni atendí á esto, ni previne que sus gritos, que esforzaba á cada instante, podían alborotar á los que pasaban por la calle y exponerme cuando menos á un bochorno.

¡Ojalá no más hubiera parado en esto! pero el cielo me preparaba castigo más condigno á mi crimen. Como había de entrar Sancho ó Martín entró el marido de Luisa, y tan perturbada estaba ésta, tratando de desasirse de mí, como enajenado yo por hacerla que de nuevo se rindiera á mis atrevidas seducciones; de suerte que ninguno de los dos advertimos que su marido, entre cerrando mejor la puerta, había estado mirando la esce-

na el tiempo que le bastó para certificarse de la inocencia de su mujer y de mis execrables intentos.

Cuando se satisfizo de ambas cosas, partió sobre mí como un rayo desprendido de la nube, y sin decir más palabras que estas: — ¡Pícaro, así se fuerza á una mujer honrada! — me clavó un puñal por entre las costillas con tal furia que la cacha no entró porque no cupo.

— ¡Jesús me valga! dije yo al tiempo de caer al suelo revolcándome en mi sangre. Mi caída fué de espaldas, y el irritado marido, queriendo concluir la obra comenzada, alzó el brazo armado, apuntándome la segunda puñalada al corazón. Entonces yo, lleno de miedo, le dije: — ¡Por María Santísima, que me deje usted confesar, y aunque me mate después!

Esta voz, ó el patrocinio de esta Señora, mediante la invocación de su dulce nombre, contuvo á aquel hombre enojado, y tirando el puñal me dijo: — Válgate ese divino nombre que siempre he respetado.

A este tiempo ya estaba el aposento lleno de gente; los serenos aseguraron al heridor; la pobre Luisa estaba desmayada del susto, y el confesor á mi lado.

Me medio confesé, no sé cómo; porque quién sabe cómo se hacen las confesiones, los arrepentimientos y propósitos en unos lances tan apurados en que el hombre apenas basta para luchar con los dolores de las heridas y el temor de la muerte.

Pasada esta ceremonia, que en mi conciencia no fué otra cosa, atendida mi ninguna disposición, perdonado mi enemigo con la boca, y trasladado éste á la cárcel con su esposa injustamente, sólo se decía de mí que moría sin remedio, porque me desangraba demasiado, sin haber quién me restañara la sangre, ó que siquiera me tapara la herida, ni aun cierto cirujano que por casualidad entró allí, pues todos decían que era preciso que interviniera orden de la justicia para estas urgentísimas diligencias.

La efusión de sangre que padecía era copiosa, y me debilitaba por momentos; la basca anunciaba mi próxima muerte; toda la naturaleza humana se conmovía al dolor y al deseo de socorrerme á la presencia de mi cadavérico semblante; pero nadie se determinaba á impartirme los auxilios que le dictaba su caridad, ni aun á moverme de aquel sitio, hasta que quiso Dios que con la orden del juez llegó la camilla, y me condujeron á la cárcel.

Pusiéronme en la enfermería, y como era de noche, tardó en llegar el cirujano; y cuando vino, haciendo ponerme boca abajo, me introdujo la tintera, que me dolió más que el puñal; me puso una vela en la herida para saber si el pulmón estaba roto é hizo no sé cuántas más maniobras, y concluídas, ocurrió á restañarme la sangre, que le costó poco trabajo en virtud de la mucha que yo había echado.

Después me dieron atole ó no sé qué otro confortativo semejante, declarando que la herida no era mortal.

Aquella noche la pasé como Dios quiso, y al día siguiente me llevaron al hospital donde no extrañé ni la prolijidad del médico, ni la asistencia de la enfermería de la cárcel.

Allí en la cama dí mis declaraciones y disculpas, que acordes con las de Luisa, bastaron para ponerla en libertad con su marido.

A los veinte días me dió por bueno el cirujano, y atendiendo los jueces á mis descargos y al tiempo y dolencias que había padecido, me pusieron en libertad, notificándome que jamás volviese á pasar por los umbrales de Luisa, lo que yo prometí cumplir de todo corazón, como que no era para menos el susto que había llevado.

Cátenme ustedes fuera del hospital, en la calle como siempre y sin medio en la bolsa; porque no sé si los serenos, los enfermeros de la cárcel ó los del hospital me hicieron el favor de robarme los pocos que me sobraron de la venta de mi chupa, aunque algunos de ellos fueron sin duda.

Fuera del hospital traté siempre de buscar destino que siquiera me diera que comer. Por accidente se me puso en la cabeza entrar á misa en la parroquia de San Miguel.

La oí con mucha devoción, y al salir de ella encon-

tré en la puerta de la iglesia á un antiguo conocido, con quien comuniqué mis trabajos. Éste me dijo que era el sacristán de allí y necesitaba un ayudante; que si yo quería, me acomodaría en su servicio. — En la hora, le dije; pero me has de dar de almorzar, que tengo mucha hambre.

El pobre lo hizo así; me quedé con él, y cátenme aquí ya de aprendiz de sacristán.

